

Esa visión de la esfera femenina que se superpone siempre en cualquier escena literaria protagonizada por escritores es solo una de las apuestas de *Aquellos años del boom* por la complejidad caleidoscópica. Porque junto con los supuestos protagonistas (solo tienen un papel decisivo en el libro los tres autores del boom que vivieron en Barcelona, García Márquez, Vargas Llosa y, en menor medida, Donoso) desfilan por las páginas tanto el resto de escritores latinoamericanos y españoles que participaron de un modo u otro en el fenómeno (como Neruda, Fuentes, Cortázar, Pitol, Mutis, los Goytisolo, Caballero Bonald, Bryce Echenique, Marsé, Cabrera Infante, Collazos y Edwards) como los agentes, editores, periodistas y profesores que también se vieron involucrados (Barral, Castellet, Porrúa, Armas Marcelo, Sagarra, Rama, Ortega, Marco, Martín, Harss, Einaudi, Brandt, Gallimard...). Esas enumeraciones, por supuesto, escapan del ámbito de Barcelona. Ayén podría haber optado por un gran libro sobre la Ciudad Condal como capital del boom; pero dobla la apuesta y, sin perder nunca de vista la centralidad catalana, dedica excelentes capítulos a Buenos Aires, La Habana, ciudad de México, París y Nueva York. Porque se trata de explorar las múltiples raíces del fenómeno, de resumir las biografías de sus principales exponentes, de trazar una cartografía del nomadismo vital que se transforma en nomadismo editorial, a través de ediciones de bolsillo y traducciones y cursos y premios. Los datos de ventas, los problemas y las estafas de la distribución, las discusiones de los jurados de galardones, en fin, la geopolítica literaria (con maestros titiriteros como Paz, Barral, Balcells o Fuentes), son tan importantes o más en esta crónica que los procesos creativos o las relaciones sentimentales. No en vano, el boom no sería estudiado de no ser por su brutal suerte comercial.

Una industria editorial que se convirtió en académica. Tal vez el capítulo

menos redondo sea "El boom y sus apóstoles (el aparato crítico)", porque es mucho más fácil tejer un tapiz de datos y declaraciones, incluso cuando de la internacionalización de literatura hispanoamericana se trata, que ordenar interpretaciones y corrientes de lectura que han generado infinitos congresos y publicaciones académicas. ¿Es un libro perfecto? No, porque ningún libro lo es y porque es muy difícil, tras tantos años de investigación, descartar testimonios o datos o personajes para que el conjunto sea más armónico y fluido, pero menos completo. Tampoco lo son otros retratos de grupo, como *Loca sabiduría. Así fue la generación beat* (Alba, 2001), de James Campbell, o *La banda que escribía torcido. Una historia del Nuevo Periodismo* (Libros del KO, 2013), de Mark Weingarten, que se le parecen en la voluntad del retrato generacional, pero sacrifican contexto histórico y profusión informativa en aras de lograr concisión y agilidad. Si existe justicia, la *opera magna* de Ayén también se traducirá y dialogará con investigaciones como esas, para que se entienda en toda su complejidad el diálogo entre la literatura norteamericana y la iberoamericana, de una fertilidad que es difícil encontrar en otros ámbitos culturales durante el siglo xx.

Aquellos años del boom es un libro profundamente catalán y merece la pena concluir esta reseña con una reflexión sobre su catalanidad. Lo ha escrito un periodista catalán que escribe en castellano para un gran diario catalán. Se centra en figuras clave de nuestra cultura que han conectado Barcelona con el mundo, como Balcells, Castellet, los Goytisolo, Ferraté o Barral; y rastrea a los grandes promotores culturales, editores y libreros, de la talla de Josep Janés, Ramon Vinyes o Tísner, que con su exilio contribuyeron a la creación del público lector que veinticinco años más tarde impulsaría la obra de los autores del boom hacia sus niveles estratosféricos. No contento con trazar un gran panorama de la Barcelona de los años sesenta y

setenta, Ayén nos recuerda que en la ciudad ya habían vivido antes grandes figuras como Rubén Darío o Rómulo Gallegos, y que la herencia pervive hasta hoy. Esa es la Barcelona que me interesa: bilingüe si no políglota, cosmopolita, con una potencia editorial con proyección hacia el futuro porque guarda la memoria de su riquísimo pasado. A ningún lector de este muy recomendable Premio Gaziell de Biografías y Memorias 2013 se le escapará que esa Barcelona es, también, la que le interesa al mundo. —



NOVELA

Del amor y algo más



Hillel Halkin
¡MELISANDE! ¿QUÉ SON LOS SUEÑOS?
 Traducción de Vanesa Casanova
 Barcelona, Libros del Asteroide, 2014,
 262 pp.

LEAH BONNÍN

En el último capítulo de la biografía que escribió sobre el poeta y filósofo medieval Yehuda Haleví, Hillel Halkin (Nueva York, 1939) habla de la importancia para el ser humano de poseer un principio organizador, algo que le importe más que cualquier otra cosa, algo indispensable y por lo que esté incluso dispuesto a morir: un amigo, un amor, un hijo, un pueblo, un país, una causa, una concepción del honor o de la dignidad, una idea. Algo que le dé la posibilidad de crear jerarquías y subordinaciones, relaciones entre las distintas fuerzas —pensamientos, inclinaciones, miedos, anhelos— que lo constituyen. Algo, en definitiva, sin lo cual se convertiría en un ser trivial.

A tenor de sus libros y artículos periodísticos, la identificación con Israel ha sido ese principio organizador de este autor, que en la treintena

de su existencia decidió instalarse en uno de los primeros asentamientos de pioneros en Israel, Zichron Yaakov, donde todavía reside. De esa identificación sionista tratan sus columnas y artículos en *Commentary*, *The New Republic*, *The Jerusalem Post* y *The New Republic*, así como sus libros más conocidos. En el apologetico *Letters to an American Jewish Friend* (1977, 2013), Hillel Halkin se dirige a un judío estadounidense imaginario para vencerlo de que Israel es el lugar idóneo para vivir su condición judía. *Across the Sabbath River: In Search of a Lost Tribe of Israel* (2002) es el relato de cómo, a partir de un viaje a China, Tailandia y sudeste de la India, Halkin llegó al convencimiento de que en los estados indios de Mizoram y Manipur viven gentes vinculadas a la tribu bíblica de Manasé. *A Strange Death* (2005) es la investigación de un episodio de espionaje probritánico ocurrido en la ciudad de Zichron Yaakov durante la Primera Guerra Mundial.

¿*Melisande! ¿Qué son los sueños?* (2012) es la primera incursión de Hillel Halkin en el género novelístico y, dada la trayectoria ideológica de este escritor, el lector no puede menos que preguntarse cómo abordará ese principio organizador sionista que ha constituido su existencia y su escritura. ¿Se enfrentará a un texto apologetico? ¿A una novela de tesis? ¿A un romanticismo nacionalista aplicado a un argumento personal? ¿O a una novela romántica, a secas, tal y como ha señalado algún crítico?

El título de la novela hace referencia a un verso del poema "Geoffroy Rudel und Melisande von Tripoli", de Heine, que evoca la fascinación del trovador francés Geoffroy por la belleza de la condesa Melisande, casada con un cruzado; un amor tan profundo ("solo el amor sostiene la verdad") que le lleva a emprender un largo viaje hasta su amada, en cuyos brazos cae muerto. Pero a pesar de que el amor es uno de los ejes vertebradores del argumento, la novela se adentra en otras fuerzas constitutivas de los personajes y, por ende,

de la condición humana: la amistad y la identidad.

¿*Melisande! ¿Qué son los sueños?* aborda la historia de una larga relación de amor y amistad de tres personajes judíos que comparten intereses intelectuales y son capaces de saltarse tres días de clases para dedicarse a leer: Hoo, que es el narrador, Mellie (Melisande) y Ricky. La novela se constituye como la evocación en segunda persona de lo que fue aquella relación a tres iniciada a raíz de la responsabilidad compartida de la edición de la revista de un instituto del entorno del Upper West Side neoyorquino, en los últimos años del bachillerato, en el momento de la primera campaña Eisenhower-Stevenson. Y concluye décadas después, en la isla griega de Sforzos, donde Hoo, tempranamente jubilado, vive como ermitaño a la espera de la llegada de su amada Melisande, en una especie de recreación a la inversa de la relación trovadoresca evocada en el título.

A pesar de la intensa atracción entre Mellie y Hoo, la joven se iniciará amorosamente con Ricky, un muchacho con padres militantes comunistas. Ricky es el más inteligente de los tres; aventurero e inestable, va en busca de esas experiencias de belleza y verdad que no encuentra en el ámbito académico. Esa búsqueda lo lleva a Misisipi, en donde descubre la segregación racial, y a la India. Tras una experiencia extrasensorial que recuerda a la experimentada por los hijos del Aarón bíblico al traspasar el recinto sagrado en el desierto y, a pesar de los esfuerzos por integrarse en la tradición india, acaba comprendiendo que no puede escapar de su condición judía. Deja embarazada a Mellie, esquivando el reclutamiento para ir a Vietnam mediante una hilarante treta y acaba en una institución psiquiátrica.

Ante lo que considera una traición de sus dos amigos, Hoo se refugia en el mundo académico, en donde alcanza gran reconocimiento, y, hasta que vuelve a encontrarse con Mellie y con Ricky, mantiene un par de relaciones

frustradas. Mellie, por su parte, abandona la universidad. Incapaz de seguir los vaivenes emocionales de Ricky, acaba buscando refugio en Hoo.

La literatura desempeña un papel fundamental en la relación entre Hoo, Mellie y Ricky. Supone el denominador común que los une, tanto como los ladrillos de los que se vale Hillel Halkin para edificar a sus personajes y los dilemas morales a los que se enfrentan. De modo directo, las citas de Catulo, Dostoievski, Al-Ghazali —filósofo árabe cuya obra estudia Hoo en profundidad—, Mark Twain, Heine o Kierkegaard trufan los diálogos entre los personajes y las reflexiones del narrador. Ejemplar es la utilización de la cita de *Los hermanos Karamazov* —"Imagina que tú mismo tejes el destino humano con el objeto de, en último término, hacer felices a los hombres, concediéndoles finalmente la paz y el sosiego, pero que para ello fuera imprescindible e inevitable torturar hasta la muerte a una única y diminuta criatura, por ejemplo un bebé que se golpea el pecho con el puño, y que sobre sus lágrimas sin vengar levantas dicho edificio. ¿Consentirías ser su arquitecto en tales condiciones? Dímelo, y di la verdad"— que anuncia los altibajos por los que transcurrirá la relación entre Hoo y Mellie.

La Biblia (Nuevo Testamento incluido) es el humus narrativo e ideológico del que se nutre Hillel Halkin. La frustración de las matriarcas bíblicas, por ejemplo, inspira la desesperación de Mellie ante la imposibilidad de quedarse embarazada como consecuencia del aborto que le practicaron. Algunas de las imágenes más potentes de *¿Melisande! ¿Qué son los sueños?* proceden de la Biblia, como la del fuego exterminador al que Ricky se enfrenta en su experiencia extrasensorial, o la del mismo personaje vagando por las tierras de la India cual profeta que denuncia los males sociales. Porque es la Biblia, en definitiva, la Torah la tradición en la que se educó —su padre Abraham S. Halkin fue profesor en el Jewish Theological

Seminary of America y su tío Simon Hillel, jefe del departamento de literatura hebrea en la Universidad Hebrea de Jerusalén—, y a la que se abocó después por elección: “Aunque raramente voy a la sinagoga, hubo un tiempo en que regularmente leía la porción semanal de la Torah en casa: sábados por la mañana sentado con la edición de Mikra’ot G’dolot, con la visión aramea de Onkelos y los comentarios medievales de Rashi, Ibn Ezra y Najmánides”. Esa Biblia laica de la que, para volver al principio, solo es posible impregnarse en Israel, en donde como en ningún otro lugar en el mundo el *ethos* del hebreo conforma la identidad judía.

Pero acaba siendo el amor a Melisande, Mellie, eso por lo que ha sido capaz de abandonarlo todo y convertirse en ermitaño, el principio vertebrador de Hoo. —



HISTORIA

Una difícil neutralidad



ESPAÑA EN LA GRAN GUERRA
Fernando García Sanz
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014,
448 pp.

DANIEL CAPÓ

En sus provocadoras memorias *Confessions of an Original Sinner*, el historiador de origen húngaro John Lukacs sostiene que, en la primera mitad del siglo xx, las sociedades se dividieron de forma natural entre anglófilos y germanófilos. Se trataba de un fenómeno de alcance universal —“de Argentina a Bulgaria”, escribe Lukacs— en el que las clases altas se identificaban con el *gentleman* inglés —elegante y aristócrata, deportista y flemático—, mientras que el proletariado, el ejército y la pequeña burguesía tendían a idolatrar el orden y

la eficiencia del pueblo alemán. En parte, esas preferencias tenían que ver con los respectivos modelos políticos que ambas naciones encarnaban —ya fuera el parlamentarismo liberal o las diversas formas de dirigismo estatal que adoptó el Reich—, pero, sobre todo, con determinados estereotipos culturales e ideológicos. Por supuesto, del *Rule Britannia* a las óperas de Wagner, un sinfín de prejuicios se entrecruzaban en la época, algunos de ellos incluso raciales. Al igual que sucede ahora, los principales actores globales vivían inmersos en un periodo de profundas transformaciones: el crecimiento económico e industrial de Alemania carecía de proyección geográfica en las colonias; Inglaterra seguía actuando como la primera potencia mundial, aunque ya ligeramente a la defensiva; en la Rusia de los zares, pronto se abriría paso el totalitarismo bolchevique; y la pujanza de los Estados Unidos, amén de sus recursos casi infinitos, presagiaba el papel inminente de esta joven nación. Heredera del doloroso fiasco del 98 y de un nefasto siglo xix, España, en cambio, languidecía entre los lamentos por el imperio perdido y la debilidad política y estructural del país; un país “carente de ejército y de diplomacia”, en palabras de Manuel Azaña, y condenado, por tanto, a moverse con torpeza en el exterior, a merced de alianzas tambaleantes y de su continua desazón interior. En ese contexto, cuando llegó la guerra de 1914, la falta de capacidad de actuación obligó a España a declararse de inmediato neutral. Realmente lo haría en veintisiete ocasiones a lo largo de la contienda y lo cierto es que no podía tomar ninguna otra decisión, vista la fragilidad de sus instituciones. Pero ello no implica que no participara de modo relevante en la misma. De hecho, la Gran Guerra —que determinaría la faz del continente a lo largo del siglo xx— se libró en todos los frentes, incluyendo los teóricamente neutrales. La privilegiada posición geoestratégica del país, puerta de entrada

natural al Mediterráneo y de acceso a las materias primas y al comercio con América, era crucial. Y así, ya desde el inicio del conflicto, España sería invadida por el espionaje internacional, mientras se emprendía una lucha sorda por el control de la opinión pública. La sociedad se dividió de este modo entre aliadófilos y germanófilos, aunque —según señala el historiador Fernando García Sanz— en su espléndido *España en la Gran Guerra*, “el desinterés por las cuestiones internacionales fue una constante a lo largo de la Restauración”. Como es lógico, el aislamiento cultural e intelectual del país se traducía en un análisis erróneo de la coyuntura europea y, peor aún, de las posibilidades reales de actuación. El resultado, como comprobaremos, fue desastroso.

En *España en la Gran Guerra*, García Sanz nos ofrece un documentado e iluminador estudio sobre las contradicciones internas en que se debatía la política nacional, los espejismos que a menudo la guiaban, así como la profunda fragilidad de sus estructuras. Un buen ejemplo de ello fue el proyecto de establecer tras la conflagración una “paz latina”, según la cual España e Italia se repartirían el control comercial del Mediterráneo y, desde un punto de vista colonial, se ampliaría el protectorado en Marruecos hasta la ciudad internacional de Tánger. ¿A cambio de qué?, cabe preguntarse, más allá de los inútiles esfuerzos mediadores entre las partes en conflicto y el apoyo soterrado a uno u otro bando. “¿Qué hacemos con España?” es la pregunta que abre el libro y esa misma cuestión es la que se repetían las principales cancillerías europeas, a la espera de que Madrid adoptara una posición decidida. Con miles de kilómetros de costa esenciales para garantizar el suministro a las tropas de materias primas y alimentos, el dominio sobre las aguas territoriales desempeñaba un papel clave para los aliados frente a los letales submarinos alemanes. Ante la sucesión de ataques, la inoperancia de la débil armada